

Trinidad. 12 Domingo del Tiempo Ordinario Año A

Lectio divina sobre Jn 3,16-18

En diálogo con Nicodemo, el judío piadoso que se le acercó de noche, Jesús hace una afirmación fundamental: de la fe que se le tenga dependerá la salvación. El autor del evangelio ha puesto en boca de Jesús la convicción de su comunidad; Jesús le dice a Nicodemo lo que la comunidad cristiana está proclamando al mundo, Dios está detrás de la muerte del Hijo; su entrega desvela el amor con que Dios ama al mundo. Creérselo, saberse amado por Dios en la muerte de Cristo, consigue la vida eterna, saberse salvado por el Hijo. Dios que envía, el Hijo que se entrega, el Amor que se revela coinciden en actuar la salvación para el mundo que crea. Todo depende, pues, de la aceptación personal de este Dios, de una fe que es, sobre todo, amor reconocido; fe es saberse afectado por la decisión de Dios y sentirse obligado por ella, en deuda de respuesta. No debería hacerse penosa una fe, una salvación, que se reduce a saberse amado por todo un Dios y de 'tres formas' diferentes.

¹⁶Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo único para que no perezca ninguno de los que creen en él, sino que tengan vida eterna.

¹⁷Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.

¹⁸El que cree en él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios.

I. LEER: entender lo que dice el texto fijándose en como lo dice

El encuentro de Jesús con Nicodemo (3,1-21), maestro en Israel, es la ocasión que motiva el primer discurso de Jesús en el cuarto evangelio, un discurso en el que apenas pueden distinguirse las afirmaciones de Jesús del comentario del evangelista. Nicodemo es, más que interlocutor, solo pretexto; de hecho, pronto será olvidado (a partir de 3,9) y Jesús iniciará un largo monólogo que lo convierte en revelador del Padre (3,11-21).

Nuestro breve texto, parte integrante de la primera sección del discurso (3,12-18), viene tras haber hablado Jesús del necesario 'renacer' de nuevo (= de arriba), es decir, de Dios para alcanzar la vida eterna. La vida eterna trae consigo el protagonismo de Dios, que ama, da y envía (3,16-17), tres actuaciones que tienen la entrega del hijo como demostración y garantía; el hijo entregado/enviado (3,16.17.18) es el unigénito (3,16.18) y el mundo su destino (3, 16.17.19). Si es posible el renacimiento, es porque hubo entrega; si hay vida eterna para el creyente es porque Dios envió a su Hijo. Así ha quedado al descubierto su amor. Dios ama al mundo tanto como para entregarle su Unigénito (3,16).

Jn utiliza el verbo *amar*, la mayoría de las veces, para expresar la relación entre Dios y Jesús (3,35; 10,17; 14,31; 15,9-10; 17,23-24.26), entre Jesús y los discípulos (11,5; 13,1.33.34; 14,21; 15,9.12; 21,7.20) y de los discípulos entre sí (13,34; 15,12.17; 17,26). Por eso es significativo su empleo aquí, referido al mundo, aquí el género humano (3,17). El amor de Dios precede todo, incluso la entera aventura del Hijo. Jesús es don de Dios al mundo y todo el que lo acepte se libra de la perdición y obtiene vida eterna.

La entrega del hijo, su envío al mundo, tenía como finalidad su salvación. Pero aunque amor del Padre y misión del Hijo fueron gratuitos, su aceptación no es libre. La voluntad salvífica de Dios ha de ser asumida por la fe. La fe es la aceptación de ese don divino y de su forma de sernos donado, la muerte en cruz; por tanto, en la fe en este Cristo entregado se decide la aceptación del amor de Dios o su rechazo: el encuentro con Jesús es decisivo, abre a la vida o a la muerte. Como el amor es gratuito y precede su aceptación, la perdición es irremisible si uno no se sabe amado en esa entrega del Hijo.

Jesús dice a Nicodemo lo que cree la comunidad cristiana: no basta con ser amado por el Padre para verse salvado por el Hijo; hay que creérselo, aceptándose amado y salvado. Esta es la fe que hace bueno, eficaz, el amor de Dios y la misión de Jesús a este mundo.

II. MEDITAR: aplicar lo que dice el texto a la vida

Bien mirado, el breve texto evangélico no habla de la Trinidad, el misterio central de la fe cristiana que hoy celebra la liturgia, sino de dos personas divinas que están empeñadas – ¡y cómo! – en nuestra salvación. Nos consta la existencia del Padre y del Hijo, de los que nos habla el pasaje evangélico, precisamente porque, y en el caso de que, nos sintamos por ellos queridos tanto como para ser salvados. Para el cristiano el ser de Dios – su trinidad – tiene que ver con su propia salvación: al descubrirse salvado el creyente descubre un trío de personas divinas, que, cada uno a su modo, se implicaron en su salvación.

Pero hoy, ¿de qué nos sirve el creer que hay en Dios tres personas, si a diario apenas logramos sentir a Dios junto a nosotros?

Dios es más grande que nuestra capacidad de entenderlo, está fuera de nuestra lógica: es su sino no ser comprendido por los hombres y es nuestra fortuna no poder comprenderlo con conceptos, ni encerrarlo en imágenes ni definirlo dentro de nuestros límites: siempre habrá Alguien por encima de nuestro poder y más allá de nuestra impotencia, detrás de nuestros defectos o carencias y más allá de nuestro saber o de nuestra ignorancia. Gracias a Dios, Él está allí donde acabamos nosotros, donde no llegan nuestras fuerzas y se terminan nuestras posibilidades.

Pero el misterio de Dios no es algo que le competa sólo a Él. Ciertamente es que no podemos comprenderle, pero no lo es menos que debemos sentirnos comprendidos por Él. Quienes creemos en Dios Trino renunciamos conscientemente a entender a Dios, pero no hemos renunciado a sentirnos entendidos por Dios, comprendidos en Él. Creer no lleva a entender aquello en lo que se cree, pero sí que hay que afirmarlo. Declararse dispuesto a no entender a Dios, porque nos sobrepasa, implica comenzar a respetarlo como Dios: aceptarlo como Él se nos ha manifestado significa amarlo como Él se espera de nosotros. Es lo que ganamos cuantos confesamos a Dios y celebramos su misterio trinitario: su naturaleza, sus pensamientos, su querer, no están a la altura ni al alcance de nuestras posibilidades; le debemos reconocimiento y amor, obediencia y temor, fe y fidelidad personal.

También en nuestro mundo, en las relaciones humanas - ¿y cómo iba ser diferente, si hemos sido creados a su imagen y semejanza?- las realidades más personales, aquellas que más nos satisfacen y más serenidad nos dan, no son fruto de nuestra capacidad para comprender ni de nuestra habilidad para proporcionárnoslas: el amor, la confianza, la fidelidad se dan y se reciben, gratuitamente, sin entender nunca muy bien el porqué y sin tener toda la seguridad deseable. Y cuanto más damos, más tenemos: cuanto más recibimos, más obligados estamos a devolver. Hay algo divino, ciertamente, en la experiencia humana del amor y de la fidelidad: ¿o no es verdad que nos sentimos 'divinamente', cuando nos sabemos amados y somos objeto de la confianza o motivo de la fidelidad de quien bien nos quiere?.

No podía ser de otro modo. Dios, nuestro Bien, ha dejado su huella y su ley, en los bienes que nos hace experimentar en la tierra, para que vislumbremos cómo será Él nuestro Bien definitivo en el cielo. Tanto se nos ha querido dar Dios, tanto se ha empeñado con nosotros, que se ha multiplicado por tres: el misterio de Dios es un misterio de amor, de entrega desinteresada, de fidelidad y permanencia. No sólo deberíamos estarle reconocidos, no sólo tendríamos que, si posible nos fuera, multiplicarnos para darle la debida respuesta; es que, además, deberíamos sentirnos orgullosos de tener como Dios un Dios semejante, que por amarnos más, por querernos mejor, ha querido amarnos de tres formas diversas. ¿Quién podría haberse imaginado un Dios mejor? ¿Quién podrá desearse mayor amor de su Dios?

Orgullosos estamos los cristianos de un Dios que es Padre, creador del mundo y del hombre: un Dios que nos sacó de la nada para compartir con nosotros su vida y su compañía, tan cercano que quiso hacerse compañero de camino de su creatura, siempre dispuesto al perdón y rico en misericordia, tan fiel a los suyos que no repara en nuestra infidelidad, tan amante nuestro que nos envió a su único Hijo para ser, con rostro y corazón humanos, como uno de nosotros y aprender, como uno más de nosotros', a ser hombre siendo hijo de María.

Orgullosos estamos de tener un Dios que es hombre, Jesucristo, que por nosotros se ha encarnado, viviendo entre nosotros, conociendo las mismas limitaciones y pasando por experiencias semejantes, con nuestros sentimientos y nuestras facultades; que murió por nosotros y fue resucitado para vivir intercediendo por nosotros junto a Dios; que no nos dejó solos cuando abandonó la tierra, pues nos dejó su Espíritu y el mundo como misión.

Orgullosos estamos de tener un Dios que es Espíritu, que nos acompaña siempre, aunque no se deje ver de nosotros; que lo podemos sentir con el corazón, aunque nuestras manos no lo logren palpar; que nos hace entender cuanto Jesús nos enseñó y que ora en nosotros cuando estamos ante el Padre; que está presente en la comunidad cristiana, siempre que ésta se dedique a hacer del mundo escuela del querer de Cristo y espacio de fraternidad.

De un Dios así, que se ha multiplicado por tres para mejor cuidarse de nosotros, ¿cómo no estar orgullosos? El Dios único, trinidad de personas, bien merece nuestra fe, y las penas que conlleve, nuestro amor y algún que otro padecimiento, nuestra total confianza aunque no lo entendamos del todo, nuestra fidelidad cueste lo que cueste. Porque ¿quién puede afirmar, como nosotros hoy, que cuenta con un, Dios semejante al nuestro: que ha hecho tanto por nosotros; que nos ha pensado y nos ha querido; que nos ha sufrido y nos ha salvado; que nos acompaña y nos guía constantemente, aunque nosotros no lo veamos ni toquemos? ¿Qué Dios ha mostrado tanta imaginación como omnipotencia tenía, tanto amor como voluntad de hacer realidad su querer?

La única respuesta posible para quien se acerca al misterio personal de Dios la obtiene no quien lo quiere aferrar con su inteligencia y palpar con sus manos, sino quien se siente aferrado por Dios y mantenido entre sus brazos; es el reconocimiento y la alegría, el agradecimiento y el gozo por tenerle como Dios, uno por naturaleza y tres personas la única reacción legítima ante este misterio: nadie podría soñar estar mejor guardado por Dios que quien se sabe custodiado por tres personas divinas, nadie más querido que quien es objeto del triple querer divino. Sobradas razones tenemos para la fiesta los cristianos, pues tenemos un sólo Dios a quien servir y tres personas divinas de quien saberse servidos.

Quien confiesa la trinidad de Dios tiene, al menos, tres motivos para vencer sus miedos y afianzar su esperanza. Si de un Dios Trino partimos y hacia Él nos dirigimos, contamos con tres modos diferentes, pero los tres hondamente personales, para relacionarnos con nuestro único Dios. Hemos sido amados y somos guardados, hemos sido creados y

somos mantenidos, por tres Personas diversas: hoy que lo confesamos, bien merece que lo celebremos largo y tendido.